

# EL GÉNESIS Y LA ESENCIALIDAD DEL EVANGELIO DE CRISTO.

En esta ocasión quiero compartir esta verdad de una manera didáctica un tanto diferente a lo que hemos hablado al respecto en otras ocasiones. Ver las mismas cosas desde distintos puntos de vista nos permite ampliar el testimonio que Dios quiere darnos en nuestros corazones, y eso nos ayuda a ir en pos del propósito de Dios.

Cuando nosotros nos convertimos al Señor, la mayoría ni siquiera nos dimos cuenta que Su Espíritu fue capturado por nuestro espíritu y que Su persona misma a través del Espíritu Santo fue la que entró en nosotros. Muchas veces pensamos que la experiencia de haber recibido a Cristo fue el consuelo oportuno que recibimos cuando estábamos en algún problema, o alguna circunstancia difícil de la vida; algunos aceptan al Señor cuando sus familias se están desintegrando, en medio de un divorcio, cuando la soledad y la depresión están a la puerta de sus vidas, y justo en ese momento aceptan al Señor y reciben el consuelo. Para otros aceptar al Señor fue la libertad de vicios como las drogas o el alcohol, otros experimentan el alivio de ser perdonados de la culpa que han cargado por años. Aunque todas estas cosas sean una experiencia genuina luego de haber aceptado a Cristo; muy por encima de todas estas vivencias, el día que aceptamos a Cristo nos acontecieron dos cosas maravillosas: La primera, es que nuestros espíritus fueron vivificados por el Espíritu Santo, es decir, el Señor decidió resucitar nuestros espíritus y habitar en ese lugar. Lo segundo, fue que la persona de Jesús (por Espíritu) entró a morar en nosotros, o sea, ese día nos convertimos en moradas de Dios. Dice la Biblia: ***“Pero el que se une al Señor, un espíritu es con Él” (1 Corintios 6:17).***

Obviamente, el hecho de que el Señor llegue a morar en nuestro espíritu no es señal de que todo lo demás de nuestro ser esté lleno de Él. En realidad, el día que aceptamos a Cristo, lo que Dios restaura es nuestro espíritu, de allí que nuestra mente, voluntad, sentimientos, el corazón y todo lo demás de nuestro ser prácticamente sigue igual, es algo que el Señor lo va conquistando poco a poco con el pasar del tiempo. Es más o menos como la figura del pueblo de Israel, en algún tiempo ellos fueron llevados cautivos a Babilonia y su nación quedó muy destruida, con el pasar de los años, ellos volvieron de nuevo a su tierra y lo primero que hicieron fue reedificar el templo y Jerusalén y con el pasar de los años fueron reconstruyendo lo demás. Pues esto es lo que nos acontece al venir al Señor, y note que no me refiero a una experiencia sólo de algunos, sino que todos los que de verdad se convierten al Señor, en el momento que ejercen fe, sus espíritus son vueltos a la Vida y reciben el Espíritu de Cristo.

Ahora bien, son raros los creyentes que pueden dilucidar tal experiencia justo en el momento en el que reciben a Cristo, y el problema de no entender esto es que adquirimos un fundamento no adecuado para desarrollarnos en nuestra vida cristiana. Si usted recuerda los días de su conversión, se acordará como las personas (creyentes) que estaban a su lado le empezaron a decir que ahora usted era un hijo de Dios, que ahora usted era un creyente, y por lo tanto, desde aquel día usted tenía que asistir a la Iglesia, leer la Biblia, bautizarse, orar, etc. usted seguramente atendió esas sugerencias y asimiló que aquellas prácticas le daban la condición de un cristiano.

Tristemente, a la mayoría de nosotros nos predicaron un Evangelio muy tergiversado, y el error no fue propiamente lo que nos enseñaron, sino la manera en la que nos lo expusieron, pues, pusimos un fundamento, una base incorrecta para desarrollarnos como hijos de Dios, esto fue: “usar nuestra cabeza para hacer lo bueno y dejar de hacer lo malo”. Lo primero que hicimos fue empezar a leer la Biblia, a tratar de aprender lo que dicen los sesenta y seis libros que la conforman, y agregado a eso, nos pusieron a leer otros libros de literatura que eran la base de la denominación

donde nos convertimos. Así fue como nos dimos a la tarea de iniciar el aprendizaje de cómo ser buenos cristianos, para ello algunos empezamos a leer mucho la Biblia, otros se hicieron adictos a las radios “cristianas” (conozco muchos hermanos que se dedican a escuchar coros y prédicas constantemente), y así cada quien decidió usar la metodología que les hacía sentirse bien, con tal de ser un mejor cristiano. Llegamos a la conclusión que la clave para ser mejores era conocer lo más que pudiéramos, sin darnos cuenta que estábamos edificando nuestra “Vida” en el Señor en un fundamento totalmente equivocado. La “Vida” en el Señor no se fundamenta en el conocimiento, al contrario, es el vestigio que tenemos de nuestra genética caída. Recordemos que Adán y Eva cayeron a causa de haber deseado el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, y también recordemos que el fundamento de la Ley de Moisés fue el conocimiento de lo que agradaba y lo que no agradaba a Dios.

¿Por qué la mayoría no nos dimos cuenta que el fundamento que nos enseñaron las denominaciones no era lo correcto? Por que en el fondo, debido a nuestra naturaleza caída, amamos vivir en principios de Ley. El fundamento de ley reta a la carne a que trate de ser mejor, la insta a que no peque y que aprenda a hacer lo bueno; por ende, eso nos encanta. Todos por naturaleza somos competitivos y siempre tratamos de ser los mejores, por lo tanto, la Ley es cautivante y apasionante para el ser humano. La Biblia dice: **“y la ley no es de fe, sino que dice: El que hiciere estas cosas vivirá por ellas”** (Gálatas 3:12) ¡Ah! ¿Nota cuál es el fundamento de ley? La ley nos reta, nos motiva a alcanzar la Vida Eterna por medio de nuestras obras, por eso es que al vivir por la Ley tratamos de superarnos constantemente aún a nosotros mismos.

El Evangelio no consiste en aprender. Nosotros probablemente ya avanzamos en darnos cuenta que el Evangelio no es por obras, sin embargo, aún debemos depurarnos todavía de los conceptos, de lo que se aprende y se razona. Todavía nos fascina el conocimiento como un fundamento de nuestra vida cristiana, porque entre más sabemos, creemos tener más experiencia que los demás, y eso nos hace sentir bien. El conocimiento bíblico en sí mismo es peligroso porque tiene la falacia de darnos seguridad y experiencia debido a lo que sabemos, eso no es el fundamento del Evangelio, ni debe ser el fundamento de nuestra vida en el Señor.

Hace algún tiempo me di cuenta que los que mejor cantan (refiriéndome a las masas de gente) son los “cristianos evangélicos”, pues, debido a su liturgia, quiérase o no, cantan a cada momento y eso los hace más afinados. Hermanos, así como hemos aprendido a cantar más que los incrédulos, también hemos aprendido muchas cosas buenas, hemos aprendido buenos conceptos, hemos aprendido valores morales. Si ponemos a nuestros hijos a la par de otros, por muy carnales que sean, es notorio que son mejores que los hijos de los incrédulos, y a parte, saben mucho de la Biblia. Préstale atención a lo siguiente: “El meollo del problema no es el conocimiento, sino que hacemos del conocimiento el fundamento de nuestra Vida en Cristo, allí es donde éste se vuelve letal”.

Una razón por la que amamos los conceptos es porque aunque sabemos que éstos no nos hacen vivir, nos sirven de consuelo en muchos momentos. Por ejemplo, es típico que cuando una pareja está bien endeudada, y se halla en una situación muy estresante debido a que viene cobro tras cobro. De repente, la esposa se arma de valor y le dice al esposo: “Amor, no se turbe en su corazón, la Biblia dice que los que confían en el Señor no son conmovidos, si no que permanecen, ya verá como el Señor nos abrirá puertas, cada día trae su afán, las misericordias del Señor son nuevas cada mañana”, así que viene el esposo y le dice: “tiene razón, el Señor sabrá que hacer, en el nombre de Jesús yo rompo estos cobros y me declaro en victoria”. ¡Ah! cualquiera dirá: qué consuelo recitar todo lo que dice la Biblia, que bendición conocer las promesas del Señor. En realidad los problemas no se les han acabado, las cuentas no se han cancelado, lo que pasa es que los conceptos bíblicos que ellos se creyeron los consolaron en sus conciencias que hasta creyeron que sus deudas habían desaparecido. Así nos sucede cuando vivimos por conceptos, hacemos del Evangelio una especie de droga, asistimos a las reuniones para doparnos con los conceptos de la Biblia, y los ministros se prestan a ello, de manera que las Iglesias se han vuelto centros de motivación personal.

Otra razón de enamorarnos de los conceptos y volverlos el fundamento de nuestra vida en el Señor, prácticamente, es porque amamos volvernos teólogos, nuestro vivir, y nuestro qué hacer en Dios viene a ser la “doctrina bíblica”. Nosotros hemos llegado a la conclusión que el centro del Evangelio son las doctrinas, pero no nos damos cuenta que el motivo más grande por el cual hay muchas divisiones en la Iglesia son precisamente las doctrinas. Si regresamos quinientos años atrás en la historia de la Iglesia nos damos cuenta que el mundo protestante se ha dividido miles de veces a raíz de las doctrinas. Por tal razón, hoy en día las carreras universitarias teológicas, lejos de extinguirse, van floreciendo; ahora contamos con “Doctorados en divinidad”. En la actualidad la teología le ha dado un “plus” a las cosas de Dios, ahora el hombre puede expresar a Dios científicamente. ¡Qué errado concepto! Yo creo que el 99% de los creyentes viven aún de los conceptos, en otras palabras, viven el Evangelio de Cristo bajo un fundamento de ley.

Permítame decirle algo muy interesante, cuando Dios instauró el Antiguo Testamento con Israel, lo que hizo fue darles tablas con leyes escritas, en otras palabras, les dio conceptos. Ahora, en el Nuevo Testamento Dios no obró de la misma manera, al darnos el Nuevo Pacto lo que Él nos dio fue al Hijo. Yo le pregunto: ¿Porqué Dios no se ocupó de escribir primero el Nuevo Testamento para después dar inicio al mismo con Cristo, sino que hizo lo inverso? Cuando el Señor Jesús dijo: **“porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados”** (Mateo 26:28) Note que a este momento que Él habló del Nuevo Pacto, no había ni un sólo escrito del Nuevo Testamento, es más, pasaron muchos años aún después de la ascensión de nuestro Señor para que apareciera la primera carta del Nuevo Testamento (fue probablemente hasta por el año 46 D.C. que apareció la carta de Santiago). El Señor nació, vivió, desarrolló Su ministerio, capacitó a los apóstoles, murió, resucitó, formó la Iglesia, aparecieron los primeros ancianos, se formaron varias Iglesias locales, y a todo esto, no había nada escrito de los veintisiete libros que hoy conocemos como el Nuevo Testamento, con todo y eso, las Iglesias locales del principio fueron gloriosas, vivientes y crecientes. Por eso usé las palabras de el GÉNESIS Y LA ESENCIALIDAD DEL EVANGELIO...” porque quiero explicarle que hay un principio, hay un fundamento, hay una esencialidad que debe tener el Evangelio que no son los conceptos doctrinales.

Dice 1 Juan 1:1 **“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que han palpado nuestras manos, acerca del Verbo de vida v:2 (pues la vida fue manifestada, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó); v:3 lo que hemos visto y oído, os proclamamos también a vosotros, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y en verdad nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo”**.

“EL GÉNESIS DE NUESTRO EVANGELIO”

La palabra génesis quiere decir: “Origen o Principio de una cosa”. Si nosotros queremos saber cuál es el génesis del Evangelio, lo que debemos hacer es ir al principio del Evangelio, y ese momento fue cuando comenzó el Nuevo Pacto para nosotros.

Cuando el Apóstol Juan dice: “Lo que existía desde el principio...” ¿ A qué principio se refiere? A nosotros esta palabra “principio” inmediatamente nos conecta a Génesis 1:1 ó Juan 1:1, porque éstas dos citas también hacen referencia a un “principio”, sólo que debemos aclarar que ninguna de ellas se refiere a un “principio” en común, sino que las tres hablan de tres “génesis” diferentes. Por ejemplo, Génesis 1:1 nos habla del “principio” cuando Dios restauró el universo, o al menos la tierra. Juan 1:1 nos habla de un “principio” que se dio mucho antes de Génesis 1:1, es decir, cuando nada estaba creado, porque habla de la existencia del Verbo (el Hijo) con el Padre, cuando sólo estaban ellos. Pero el “principio” del que habla 1 Juan 1:1 se refiere a un “principio” que tuvo lugar en Belén cuando Cristo nació, porque se habla de lo que se vio, lo que se oyó y lo que

se pudo palpar, esto tuvo que ser el momento en Belén donde lo divino se pudo manifestar en un hombre.

¡Ah!, quiere decir que el “génesis” de nuestro Evangelio, empezó cuando Dios se hizo carne. El Evangelio empezó en Belén cuando pudimos ver, oír y palpar Su gloria.

## LA ESENCIALIDAD DEL EVANGELIO

Hermanos, entender el génesis del Evangelio nos revela, entonces, que la esencialidad de nuestro Evangelio no es qué tanto “sabemos”, sino qué tanta comunión y adhesión tenemos a la persona de Jesús. El Apóstol Pablo dice en *1 Corintios 1:9* “**Fiel es Dios, por medio de quien fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo, Señor nuestro**”. Cuando Dios nos llamó al Evangelio, su intención fue que nosotros llegásemos a tener comunión con Jesús, sin embargo, nosotros lo convertimos en conceptos. Nosotros llegamos a conocer a una persona por lo que vivimos en comunión de esa persona, no necesitamos memorizarla cómo es, sino que sencillamente la llegamos a conocer por la comunión que tengamos con ella o él. Es como el caso de una pareja de esposos, si bien es cierto que la mayoría se separan en el transcurso del día debido a las diversas tareas del día, ninguno pasa haciendo un esfuerzo por no olvidar al cónyuge, no pasan viendo a cada momento el Documento de Identidad para no olvidar su nombre, o su imagen, porque ha sido tanta la comunión e intimidad que han tenido que no necesitan conceptualizar nada de la pareja. El Evangelio debe ser comunión y no conceptualización. Por eso les decía claramente que el fundamento del Evangelio no son las doctrinas, ser cristiano no se trata de un ejercicio mental, vivir el Evangelio no es memorizar la Biblia, los conceptos en nada ayudan a que tengamos un incremento de la Vida divina en nosotros, por el contrario, la letra mata.

Hagamos memoria de nuestro nuevo nacimiento en Cristo, lo que nos aconteció ese día es que el Padre tuvo a bien revelarnos a Su Hijo, y que Él viniera a habitar en nosotros. Yo no le estoy diciendo que no tenemos nada que aprender ahora que somos creyentes, pero lo debemos aprender de manera inherente a la Vida divina, es decir, mediante la comunión con el Hijo. Nosotros estamos cometiendo el error de aprender y luego querer tener Vida, eso es fundamento de ley. La esencialidad del Evangelio es tener comunión con el Hijo, y de tanto estar en comunión con Él, de manera innata aprendemos de Él y llegamos a ser como Él.

Hermanos, antes de que sigan llenándose de doctrina, antes de seguir en un fundamento de ley, yo les exhorto a que tengan comunión con Dios. Levántense temprano y tengan comunión con el Hijo. Yo he aprendido a tener tal comunión con Dios, que mientras estoy predicando, mientras vivo, mientras trabajo, o mientras descanso, percibo a la persona del Señor morando en mi interior, y no sólo eso, sino lo siento a la par mía, y cuando no lo siento, creo que está conmigo. A esto yo le llamo: “aprendizaje orgánico”, porque este es el conocimiento que debemos tener de Él, la conciencia y la certeza que Él está con nosotros y que nada nos ha de separar de Él. ¡Oh!, hermanos, aún en nuestros errores, en nuestros pecados, Él jamás se va, lo que Él hace en esos momentos es redargüirnos, Él es nuestro abogado, Él nos defiende ante el acusador, Él no se inmuta por nuestras fallas. Debido a la comunión que tenemos con Él, Su persona nos alumbró y nos enseña que no debemos perseverar en el pecado, porque el engaño del pecado tarde o temprano nos va a traer consecuencias muy tristes. Tal aprendizaje no son conceptos, es el fundamento adecuado de tener comunión con el Hijo, pues, Él no sólo nos señala los errores, sino que está con nosotros y nos vigoriza nuestro espíritu para que no pequemos.

Hermanos, busquemos objetivamente la comunión con el Hijo al nomás levantarnos. No me vaya a mal entender, no le estoy diciendo que ore, que cante, o que lea la Biblia, le estoy diciendo que tenga comunión con la persona del Señor. Por supuesto, puede encontrar esa comunión con Él mientras lee la Biblia, canta, ora, está en silencio, etc. pero la esencialidad no está en el rito, o el ejercicio espiritual, sino en estar ante la persona de Jesús. Luego al salir a nuestro día laboral, no importa lo que hagamos, si estamos sentados en una oficina, o trabajamos arduamente bajo el sol, aún allí podemos estar en comunión con Él.

Dice Marcos 3:14 **“Y designó a doce, para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar”**. Éste es el fundamento de nuestro Evangelio, estar con Él, si eso no se vuelve la esencia de nuestro Vida cristiana, lo que tenemos es un fundamento de ley. ¿Por qué razón el Señor llamó a doce hombres del vulgo, gente que era indocta? Porque Él no necesitaba intelecto humano en aquellos que llegarían a ser Sus apóstoles, las columnas de la Iglesia, sino Él necesitaba únicamente hombres que tuvieran el testimonio y la vivencia de haber estado con Él, y para convivir con alguien no se necesita intelecto.

Termino diciéndoles lo siguiente, leamos detenidamente una vez más 1 Juan 1:1 **“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que han palpado nuestras manos, acerca del Verbo de vida”**. Mientras estudiaba estas cosas el Señor me habló un detalle a mi corazón, parafraseando el verso, Juan dijo: *“les voy a dar testimonio de lo que ví, lo que oí, y lo que palpé...”*, por el Espíritu percibí que el Señor quería hacerme ver que Juan nunca dijo: *“lo que aprendimos de Él...”* porque el Señor nunca los llamó para que “aprendieran cosas de Él” sino los llamó para que tuvieran la experiencia de estar con Él, y después, que salieran a contarles a otros acerca de Él, éste es el génesis y la esencialidad del Evangelio. Atrévase por la fe a caminar con Jesús, atrévase que lo tiene a Él no para aprender conceptos de Él, sino para convivir con Él, entonces, Su vida va a cambiar.